

Ella, comprendiendo que volvía á conquistar su imperio, saboreaba la mágia del triunfo y se hartaba de la voluptuosidad que la mujer experimenta al verse admirar por su amado.

Por último, hizo un ademán, y habiéndose Luciano prosteronado á sus plantas inclinóse y apoyó largo rato los labios á su frente.

Roto estaba el hielo.

Los dos hablaron en voz baja.

Ella dijo que, aprovechando una indisposicion de su padre, se habia ausentado de la Sauviniere, para venir á pasar veinte y cuatro horas en Nantes.

Llegada por la mañana, esperó á que anocheciera y se habia dirigido, secretamente, á casa de Luciano.

Ignoraba si habitaba todavía el mismo pabellon que antaño, y no fue poca su ventura al reconocer su voz.

Despues de haberle consagrado algunas horas, se llevaria á su retiro el recuerdo de una visita tan ardientemente deseada desde dos años hacia.

—De este modo, dijo, terminando, tendré mas valor para esperar.

¡Esperar!

Esta era la cuestion ardiente; mas Diana hubiérase guardado mucho de abordarla.

Conocia de sobras la honradez de Luciano para hablarle de esperanzas fundadas sobre la enfermedad y la muerte.

Á ella, solo á ella atañia el cuidado de serviudalo antes posible.

No tenia que entrar Luciano en tales detalles.

No debia, sobre todo, sospechar jamás que la señora de Sery, arrastrada por su pasion, habia osado concebir la idea de ayudar á la naturaleza, demasiado lenta al grado de sus deseos.

Por lo demás, y como hemos esplicado precedentemente, reconocia desde algunas semanas atrás la inutilidad de sus esfuerzos.

Veíase casada para largo tiempo...

Y se desesperaba.

¡Triste resultado, inútil de divulgar!

Cuando hubo contestado á todas sus preguntas, exigió á su vez que Luciano le diera cuenta de su conducta durante los dos años trascurridos.

Quiso ser iniciada en sus trabajos, en sus esperanzas para el porvenir.

Él obedeció, y la especie de fascinacion que sobre él ejercia ella desde su llegada era tan grande, que no temió enterarla de las reanudadas relaciones con la familia de la señorita de Rioux.

Habló de ello, sin temor, sin vacilacion, como de la cosa mas natural del mundo, pues desde la llegada de Diana no tenia ya conciencia de la gran simpatía que, una hora antes, le inspiraba le protegida de su madre.

La señora de Sery le riñó blanda y graciosamente por aquellas relaciones que, segun decia ella, eran una pequeña infraccion á su convenio; empero, no quiso parecer atribuir á esta confidencia mayor importancia que la que él mismo atribuia.

—Y ahora, continuó, sin dejarle parar ¿qué haceis, á que trabajo os dedicais? ¿cuál era vuestra ocupacion esta noche cuando he entrado en vuestro despacho? Quiero saberlo todo.

Y al decir esto, habíase aproximado á la mesa de Luciano, y sentada en su sillón, registraba sus papeles.

—En este momento, dijo él, preparo un trabajo que puede influir grandemente en mi porvenir.

Si consigo poner en claro un asunto todavía envuelto en tinieblas, si llego á persuadir al Jurado de que debe castigar á un gran criminal, en recompensa del servicio que prestaré á la sociedad, es probable que no pase mucho tiempo sin que me nombren procurador imperial.

—¿De qué culpable y de qué causa hablais? preguntó Diana.

—De un envenenamiento de que se ocupa en la actualidad

todo el departamento y hasta me atreveria á decir, la Francia entera.

—¡Ah! el proceso del señor X...

—En efecto, ¿ha llegado á vuestra noticia?

—Ciertamente. Fuerza es, cuando se vive en el desierto, como yo, leer de vez en cuando los periódicos. Pero no he visto en ellos que estuviereis vos encargado de esta causa. Dadme un resumen de ella, á fin de que me entere antes que los simples mortales. Digo, si no lo llevais á mal.

Él le refirió todos los detalles que podia dar sin incurrir en indiscrecion, é insistió largo rato sobre las pruebas de culpabilidad.

—Seguro estoy, en alma y conciencia, dijo al concluir, que la suegra del señor X... ha muerto envenenada; que el envenenador ha sido él, y que se ha valido del arsénico.

—¡Ah! ¿de veras! dijo ella, ¿con qué es un buen veneno el arsénico?

—Escelente, replicó él, sonriendo á tal pregunta; dígalo, sino, la señora Lafarge.

—¡Oh! nada prueba que la señora Lafarge haya sido culpable!

—En mi cualidad de magistrado, dispuesto á creer en la infabilidad de la justicia, permitidme sostener que lo era.

Además, la cuestion no estriba aquí.

Está probado que el señor Lafarge murió envenenado por arsénico.

No os aconsejo, añadió riendo y absorvido en el tema de su trabajo, no os aconsejo que entreis en discusion conmigo sobre este veneno.

Lo conozco como si lo hubiese inventado.

Tomad, continuó, sacando de un cajon diferentes paquetes, ¿quereis la prueba de la conciencia que empleo en mis estudios?

Estos paquetes contienen arsénico, y los he ido analizando uno por uno.

—¡Cómo! exclamó ella ¡arsénico! ¡eso! ¿Veamos?

Y cogió, miró, olió y volvió los paquetes á su sitio, en el cajon, añadiendo:

—Así, pues, ¿ese polvillo blanco basta para envenenar á uno?

—¡Oh! exclamó Luciano, con ello hay para envenenar á tres personas por lo menos.

—Deberia estar prohibido el tener en su casa semejantes cosas.

—Y lo está realmente, escepcion hecha, sin embargo, de los farmacéuticos.

—Y de los magistrados, segun parece.

—Los magistrados no gozan de escepcion. Solo que, cuando pueden aducir motivos graves para tener á su disposicion algunos gramos de ese polvo, se les proporcionan, á su peticion escrita y bajo su responsabilidad.

Agotada esta cuestion, abordó Diana otra nueva.

Pero no parecia escuchar ya las respuestas de Luciano con igual interés.

Poco á poco, mientras éste hablaba, habíase ella quitado los guantes, y sus manos colgaban muellemente á lo largo de su vestido.

Su capuchon de blondas habia caido como por azar, y el terciopelo negro de su traje hacia resaltar el color leonado de sus cabellos, de los que algunos bucles, no encontrándose retenidos, erraban á la ventura á lo largo de los hombros y del talle.

Presa, sin duda, de un estraño cansancio, de una invencible languidez, habíase arrellenado en el gran sillón situado junto á la chimenea.

Hubiérasela creído acostada, tanta molicie respiraba el abandono de su actitud.

Sus piernas, cruzadas, reposaban sobre un taburete, y la

falda, un tanto remangada, dejaba entrever una media de seda gris bordada de negro.

Su pecho tendido y horizontal casi, parecia encontrarse estrecho en su corsé, y se alzaba por intervalos como para romper sus lazos.

Su boca permanecia entreabierta, las ventanas de su nariz dilatadas y sus ojos semi-velados contemplaban lánguidamente á Luciano.

Desde hacia un instante callaba éste y la contemplaba tambien.

De improviso, no pudo mas.

Abalanzóse á ella, ciñó su talle con sus brazos y unió á sus labios los suyos.

Ella no hizo el menor movimiento.

Hubiérasela creído dormida ó muerta.

No se resistió.

¿No era realmente, desde hacia largo tiempo, el bien, la cosa de Luciano?

Dos horas despues, creyó el sustituto oír ruido en el patio.

Temiendo que un criado demasiado madrugador, al ver luz en su cuarto, no tuviese la ocurrencia de entrar, salió un momento del gabinete para ir á cerrar las puertas que daban al patio.

Cuando volvió, ya Diana habia vuelto á ponerse su capucho sus guantes y su manto.

—¡Cómo! ¡tan pronto! exclamó él.

—¡Ah! suspiró Diana. Me es preciso llegar á casa de mi padre antes de que despierten los vecinos.

—Y ¿no os volveré á ver?

—Sí, pronto; así lo espero... y, entonces, será para no separarme mas de tí, añadió colgándose de su cuello.

El recuerdo de aquella noche debia ser imperecedero.

Luciano sentíase actualmente asaz fuerte para resistir á to-

das las sugerencias maternas, y para esperar el regreso de la que, en el momento tal vez en que iba á olvidarla, le habia impregnado tan hábilmente de voluptuosidad.

Tres meses despues de la visita que habia venido á sorprenderle, supo d'Aubier por la voz pública que la señora de Sery era viuda.

Esta muerte, prevista de tan largo tiempo, á nadie debia venir de nuevo.

Hablóse de ella únicamente para tener ocasion de ocuparse de la bella Diana que, pasado el término de su luto, iba á ser uno de los mejores partidos del departamento.

Esperaban verla habitar en Nantes, y muchas familias que la habian tratado con cierto despego cuando era soltera y pobre, aprestaban ya para la rica viuda sus mas graciosas sonrisas.

Cada cual conocia su afición al lujo, su elegancia, su espíritu parisiense, y conjurábanse para retenerla en el país, á fuerza de amables atenciones.

Desde luego estas esperanzas y estos cálculos salieron frustrados.

El día siguiente al del entierro de su marido, la señora de Sery, acompañada de una doncella, abandonó la Sauviniere y emprendió un viaje.

Seis meses trascurrieron sin que diese noticias de sí.

Despues, cuando menos podian pensarlo, viéronla llegar á Nantes é instalarse en casa de su padre.

A la mañana siguiente, Luciano, prevenido por un billetito, llamaba á su puerta.

—¿Me esperabais? dijo ella corriendo á su encuentro.

—Sí, ciertamente, contestó él.

—Yo no podia venir aquí al principio de mi luto. No hubiera tenido valor para cerraros mi puerta y me habrian acusado de no respetar la memoria de mi marido, lo cual no po-

dia menos de comprometer nuestro porvenir. He preferido alejarme, poner una barrera entre vos y yo, y no volver hasta la época en que pudiésemos vernos sin herir susceptibilidades. Presumo no me guardareis rencor por haber puesto en salvo vuestra posición, mi reputación y nuestros caros amores.

Ella había tenido otros motivos para ausentarse; pero los que pretestaba podían pasar por lógicos y bastáronle á Luciano.

—Espero, añadió ella después de un rato de conversación, que ya nadie se opondrá á nuestro matrimonio.

El señor de Sery me ha dejado, en testamento, una cincuenta de miles de francos de renta, y el dominio de la Sauvinière, que reditua bastante.

Vuestra es toda esta fortuna.

Os la traigo y soy feliz al ofrecérsela.

Debeis aceptarla, sin el menor escrúpulo.

¿No queriais casaros conmigo, á pesar de mi pobreza?

Por lo demás, el nombre que me dareis, la honradez de vuestra familia, vuestra posición actual y la que os está reservada son un equivalente de mi dote.

Preparad nuestro matrimonio, que podrá tener lugar dentro tres ó cuatro meses, sin chocar con ninguna conveniencia.

Hasta entonces, nos veremos cada día, aquí, en casa de mi padre, donde cuento permanecer, y algunas veces en vuestra morada, pero escasas.

Conviene evitar el dar pié á la chismografía.

Luciano no podía oponer objeción ninguna á tales proyectos.

En efecto ¿no tenía, desde largo tiempo antes, empeñada su palabra á la señorita Berard, y además, cegado por su imaginación y sus sentidos, no se creía enamorado perdidamente?

Dispúsose, pues, á preparar su matrimonio, según la expresión de la linda viuda.

Un acontecimiento feliz que tuvo lugar en aquel entonces, vino á allanar muchas dificultades.

Luciano recibió el nombramiento de Procurador imperial.

Al mismo tiempo supo que, por una gracia especial, y de las más raras, no le trasladaban á otro punto, á pesar de su elevación, por haberse dignado tomar en consideración el guardasellos su deseo de permanecer en Nantes, junto á su madre, demasiado entrada en edad para cambiar de residencia.

Sin embargo, ni la nueva posición que su nombramiento le daba, ni el dote inesperado que le ofrecían, bastaron á convencer á la señora d'Aubier de la oportunidad de un casamiento con la señora de Sery.

Todavía intentó disuadir á Luciano.

Su instinto maternal parecía como si le permitiese leer en el porvenir y le hiciese entrever peligros en una unión que tantas garantías de felicidad parecía ofrecer.

Por último, fatigada de luchar contra la pasión de su hijo, y comprendiendo que tal vez incurriría en ridiculez oponiendo su maternal autoridad á las tan persistentes resoluciones de un hombre de treinta años, vióse precisada á acceder, después de haber protestado por última vez en los siguientes términos:

—En otro tiempo, dijo, me empeñé con todas mis fuerzas contra ese matrimonio, y ninguna consideración, ninguna presión me hubieran hecho consentir en él.

Entonces, para obrar así, guiábanme motivos materiales.

La joven con quien querias casarte no tenía dote, y tú, sin ninguna esperanza de fortuna, te encontrabas en los principios de tu carrera.

Hoy día, la posición ya no es la misma y sin embargo, conservo las mismas repugnancias y los mismos temores que antes.

La señora de Sery, estoy persuadida de ello, no es la mujer que te conviene.

Con ella, vas á ser desgraciado.

A mi entender, cometes una grave falta renunciando, por

ella, á la mano de esa buena María, tan desconsolada y triste desde tu abandono.

Pero no se trata de eso.

Aunque la señorita de Rioux no existiese, no por ello la tal viuda dejaria de espantarme, y esta vez, sin oponerme á tu matrimonio, te suplico que lo reflexiones maduramente.

No olvides que se trata de tu felicidad y de tu vida.

¿Reflexionó Luciano como su madre le rogára?

Casi pudiera ponerse en duda, puesto que resolvió casarse con la señora de Sery.

En cuanto á esta, su matrimonio con Luciano debia tropezar tambien con algunos obstáculos.

No venian ya estos del señor Berard.

Diana le entregaba, sin cesar, dinero y mas dinero para perfeccionar su famosa hélice, y actualmente el inventor consideraba á su hija como una especie de oráculo.

Iban á surgir de Lamí, mas enamorado, mas apasionado que nunca.

Ya, cuando despues de la muerte del señor de Sery, Diana resolvió emprender un viaje, su intendente habia querido seguirla, y para decidirle á permanecer en la Sauviniere, debió Diana desplegar toda su elocuencia.

—No podemos abandonar los dos á la vez esta propiedad, le habia dicho. Alguien debe ocuparse de ella y administrarla. Os confio este cuidado y cuento con vos. Por mi parte, necesito aire, movimiento, libertad despues de esta esclavitud de mas de dos años, y parto. Pero pronto volveré, y entonces, mucho tendremos que hablar.

Esta última frase la dijo de manera á lisonjear las esperanzas del intendente, y hacerle entrever la realizacion de deseos que, desde largo tiempo hacia, no sabia Lamí disimular ya; y así obtuvo, á costa de una especie de compromiso tácito, la tregua de seis meses de que tenia necesidad.

Terminado su viaje, habíase fijado en Nantes, y evitaba las persecuciones de Lamí.

Empero, pensando que era peligroso huirle por mas largo tiempo, resolvió hacer una corta aparicion en la Sauviniere y dar el golpe de gracia á su intendente.

Desde luego, este se resistió á creer en los proyectos matrimoniales de que Diana acababa de hablarle.

—Es imposible, dijo; quereis ponerme á prueba!

Cuando no le fue dable dudar ya, entró en un acceso de cólera terrible que, durante unos momentos, hasta le quitó el uso de la palabra.

Finalmente gritó:

—¡Nó! ¡ese matrimonio no se realizará! ¡no puede realizarse!

—Y por qué? preguntó ella.

—Porque yo os amo! ¡bien lo sabeis! puesto que habeis dada alas á mi amor...

—¿Yo? replicó ella, con aire de ingenuidad: ¿yo, dar alas á vuestro amor? ¿y de qué modo, si os place? A haber cometido esta falta, os pediria humildemente perdon, pero en tal caso, seria sin de ello haberme dado cuenta.

—¡Ah! ¡de veras! continuó él furioso; ¡con qué, sin haberos dado cuenta! ¡eso pasa ya de raya! Pero, todo en mí os lo decía este amor, todo os lo gritaba sin cesar y, en vez de alejarme de vuestra presencia, sin espulsarme por mi audacia, vos me conservabais junto á vos, me admitiais en vuestra mesa y viviais conmigo en continúa intimidad.

Un dia, no teniendo yo ya fuerzas para callarme, me dijisteis: «Paciencia valor, y... esperad!» Y á esto le llamis no darme alas?

Me tomais por un imbécil, de quien puede una mujer burlarse durante tres años, para desembarazarse de él luego con buenas

razones? ¡Nó! ¡Nó! Me tenéis derechos sobre vos, y quiero usar de ellos.

—¡Derechos! exclamó ella.

—Sí, derechos, alentando mi amor como acabo de probároslo; derechos, sí, haciendo de mí vuestro cómplice.

Esta palabra: «cómplice» la hizo palidecer, á pesar del dominio que sobre sí tenia, y como pretendiese saber lo que entendia Lamí por esta espresion, insistió él en repetirla, añadiendo:

—Sí, habeis hecho de mí vuestro cómplice, forzándome á asistir á la lenta agonía de vuestro marido. ¿Por ventura no he penetrado vuestra conducta para con aquel desdichado? Habeis abusado indignamente del amor que os profesaba, de los deseos que le inspiraba vuestra belleza y le habeis matado poco á poco.

La palidez que habia invadido un momento el rostro de Diana, desvaneciósese.

Satisfecha, sin duda, de la esplicacion dada por Lamí sobre la complicidad de que la acusaba, respondió con tranquilidad:

—He llenado con el señor de Sery lo que exigian mis deberes de esposa. Si su amor le fue fatal, lo deploro amargamente; pero ¿á quién persuadireis de que una mujer cometa un crimen porque prodigue sus caricias á su marido? Acusadme, si os atreveis. Pensarán que estábais celoso de vuestro amo, y nada mas.

—Piensen lo que quieran, exclamó; pero el dia en que yo hable, el dia en que yo cuente lo que há ocurrido aquí durante dos años, os perderé en la opinion pública.

Estas palabras «opinion pública» no asustaron á la viuda de Sery.

Si Lamí las empleaba, en el estado de cólera en que se en-

contraba, era porque no tenia otras mas espresivas á su servicio; acababa de dar la medida exacta de sus fuerzas.

Empero, estos chismes eran inútiles y peligrosos, bajo el punto de vista del proyectado matrimonio; podian aumentar la hostilidad de la señora d'Aubier y perjudicar mas tarde á la reputacion de Luciano.

Diana debia, sobre todo, calmar la irritacion de Lamí y, mediante astutas concesiones, decidirla á tomar su mal con resignacion.

Para conseguirlo, era menester hacer uso, á la vez, de firmeza y de condescendencia.

No se encontraba para ello apurada Diana:

—Pues bien, dijo, con aire desenvuelto, sin parecer atribuir la menor importancia á las amenazas de su intendente; suponemos que vuestras hablillas y vuestras perfidias han dado fruto ya, que habeis hecho mella en mi reputacion en el ánimo de algunos habitantes de la ciudad y del campo ¿habeis adelantado algo con ello? Paréceme que á quien mas habeis perjudicado, ha sido á vos mismo, en mi concepto, y suponiendo además que yo, por imposible, estuviese presa de vuestro amor, si pensara en recompensarlo ¿imagináis que me hallaria tentada de seros agradable?

Estas últimas palabras, en las que se traslucian nuevas promesas, amansaron un tanto á Lamí, quien con mas tranquilo acento, contestó:

—Hasta hoy, os he sido completamente adicto; ¿para qué me ha servido?

—Para conservaros, repuso ella, á pesar de vuestras violencias, mis buenas gracias y todas mis simpatías.

—¡Oh! exclamó él, no se trata ya de gracias, ni de simpatías! Trátase de mi amor, y el salirme ahora con la noticia de que os vais á casar, equivale á mofaros de él.

—Segun eso, me teneis condenada á permanecer viuda?

—Nó; pero...

—Pero, continuó ella, con quien deberia casarme es con vos ¿verdad? Vaya, confesadlo, sed franco.

—Pues bien, sí! ¿por qué no?

—¿Por qué no? Vais á oirlo; tambien seré franca. Rica ya, gracias á mi primer matrimonio, tengo actualmente sed de consideraciones, y quiero una posicion en el mundo, como antes quise una fortuna. Esta posicion, vos no me la podeis dar; así pues, no me caso con vos, ni jamás con vos me casaré.

—Entonces, dijo él, á qué haberme hecho esperar...

—Es falso, exclamó ella; jamás os he hecho esperar el matrimonio!

—El matrimonio, nó, convengo en ello; pero...

—¡Y bien! ¿por ventura os prohibo que esperéis?

—¿Quizá no amais al hombre con quien vais á casaros?

—¡Eso poco os importa!

Callóse Diana; mas Lamí habia creído comprender.

Ella prometió venir, despues de su matrimonio, pero no antes, para estar segura de Lamí, á pasar, de cuando en cuando, algunas horas en la Sauviniere, só el pretesto, muy plausible, de enterarse de sus negocios.

Luciano no querria, ciertamente, en los primeros tiempos de su matrimonio, acompañarla á una propiedad todavía impregnada con el recuerdo del señor de Sery; y de este modo, ella gozaria de entera libertad.

Así, bajo el punto de vista de su amor, no podia tener Lamí de qué quejarse.

En cuanto á sus intereses, que en su doble cualidad de antiguo lugareño y de hombre salido de la nada, no podia olvidar completamente, Diana le prometió conservarle la intendencia de sus bienes y asegurarle para el porvenir una escelente posicion.

Al mismo tiempo, dábale á entender, con estremada delicadeza, aunque al par con no menor firmeza, que á la menor indiscrecion, á la mas pequeña amenaza, al mas mínimo escándalo, y sin inquietarse por las consecuencias, volveria ella á entrar en pleno uso de su libertad como mujer y como castellana.

Lamí, despues de haber intentado resistir todavía, comprendió que lo mas cuerdo era aceptar la situacion que se le ofrecia.

Y si bien esta no satisfacía enteramente sus deseos, por lo menos era altamente envidiable, y tuvo el talento de convenir en ello.

No oponiéndose ya obstáculo ninguno al matrimonio de Luciano y Diana, tuvo éste lugar en la iglesia de Saint-Pierre, diez meses despues del fallecimiento del señor de Sery.

Fue brillantísimo.

El obispo ofició, y casi todo Nantes quiso acudir á la augusta ceremonia.

Trascurrieron dos años, dos años durante los cuales la existencia de los dos amantes no fue atravesada por ningun hecho digno de mencion.

Unicamente, llegado el tercer año de su matrimonio es cuando empieza á ser interesante el analizar lo que pasaba entre ellos.

Y ante todo, sepamos:

¿El amor de Diana por Luciano, es siempre tan vivo como antes?

Sí, y quizá lo es mucho mas.

No nos habíamos engañado, cuando en la primera parte de este estudio, anticipando los sucesos, asegurábamos que la imaginacion de Diana, sin cesar escitada por la curiosidad, no sabia enfriarse jamás.

En efecto, siempre ha estado despierta junto á este jóven frio